

RUIDOS EXTRAÑOS

Llevaba tiempo oyendo ruidos extraños en el piso de arriba. Sin embargo, el piso estaba deshabitado. Nadie había vuelto a vivir allí desde que el último inquilino había dejado la vivienda unos meses atrás. Durante el día, todo parecía tranquilo. Lo inquietante llegaba en lo profundo de la noche. Tanto que, a veces, no me permitía dormir y acudía muerto de sueño al trabajo.

Los ruidos eran difusos y difícilmente identificables. Algunas noches, muy de madrugada, me había parecido escuchar a varias personas reunidas hablando en voz baja. La situación había ido empeorando progresivamente hasta que, una noche, a las tres de la mañana, un fuerte ruido me despertó bruscamente. Murmullos desordenados llenaban el aire de mi habitación. Desesperado porque no podía dormir, me vestí rápidamente y bajé a la calle. Crucé al otro lado y miré hacia arriba.

Lo que vi después me dejó horrorizado. En el piso de arriba todo seguía igual: ventanas cerradas, ninguna novedad. En el piso de abajo, mi casa, a través de las ventanas iluminadas, extrañas sombras cogidas de la mano, danzaban en círculo.

Me froté los ojos para asegurarme de que seguía despierto. Hacía un frío intenso y me sentía mareado. Al mirar de nuevo hacia arriba, todas las sombras, agrupadas detrás de una ventana, dirigían sus rostros desdibujados hacia abajo, mirándome. En medio de todas ellas estaba yo, mirando fijamente al yo que tiritaba en la calle.

Es todo lo que recuerdo. Alguien me encontró tirado en la acera, medio congelado, y llamó a una ambulancia. Los doctores me han diagnosticado una enfermedad cuyo nombre no recuerdo y me han recetado pastillas que debo tomar de por vida. Me han dicho que llevo un mes ingresado y que, si la evolución es buena, podrían darme el alta pronto.

Hoy, al acabar la hora de la consulta, mientras paseaba por el pasillo, a través del pequeño cristal de una de las puertas, los he visto a todos cogidos de la mano y danzando en círculo.